

SOBRE LITERATURA Y NACIONALISMO CULTURAL

Alfredo SALDAÑA
Universidad de Zaragoza

Desde los albores de la modernidad y al menos en Occidente, es un hecho comprobado que los proyectos nacionalistas se han sostenido con frecuencia y en gran medida sobre categorías culturales, categorías entre las que la lengua y la literatura ocupan lugares destacados. A menudo, la lengua y la literatura han dejado de ser herramientas con las que explorar el mundo, al margen de todo tipo de fronteras y divisiones, para convertirse en elementos de afirmación nacionalista. Así, nacionalismo, nación, Estado nacional, nacionalidad, identidad nacional, cuestión nacional y singularidad lingüística y cultural son conceptos de acuñación específicamente europea que han recorrido senderos paralelos desde las décadas finales del siglo XVIII, momento en el que se sientan las bases políticas, culturales y estéticas de lo que posteriormente conoceremos con el nombre de romanticismo. En el marco del *Sturm und Drang*, Johann Gottfried von Herder fue un firme defensor de lo específico y singular de cada pueblo y se mostró plenamente convencido de que los principios nacionalistas y las culturas nacionales habrían de desempeñar una función relevante en la consecución de la paz universal –y, sin embargo, ¿qué opinaría Herder hoy al respecto?–, en una línea de pensamiento desarrollada luego por el romanticismo alemán, de la que se alimentaría el nacionalismo cultural y que sería continuada por autores como Johann Gottlieb Fichte, Ernst Moritz Arndt y Friedrich Jahn. En una línea diferente de

trabajo, aunque con intereses compartidos, el positivismo de A. Comte, basado en un registro documental del pasado, ejerció una considerable influencia en la aparición de unos estudios histórico-literarios de carácter nacionalista que se presentaron como superación de la preceptiva retórica tradicional. El trabajo del historiador implica en el seno de la sociedad en que se desarrolla unas consecuencias sociales y políticas evidentes, algo que ya sabían los fundadores de la *Revue Historique* cuando, en la declaración de intenciones que incluyeron en el primer número (1876), afirmaron: «Estudiar el pasado de Francia, que será nuestra principal tarea, es hoy una cuestión de importancia nacional. Nos permitirá devolver a nuestro país la unidad y la fuerza moral que necesita» (*apud* Hobsbawm, 1998: 269). Buena prueba del interés que suscita el término «nación» a lo largo del siglo XIX es la conferencia que Ernest Renan dio en la Sorbona el 11 de marzo de 1882 (*Qu'est ce que c'est une nation?*), en la que —de una manera un tanto ingenua e idealista— caracterizó la nación como el deseo de conservar el legado que la tradición ha transmitido y el anhelo de vivir en comunidad; y Walter Bagehot (*Physics and politics*, 1887) presentó la historia del siglo XIX como la época de la configuración de las naciones, hasta el punto de que la idea de nación se convirtió en una construcción conceptual de enorme relevancia y el nacionalismo se consolidó como teoría y práctica política. En todo caso, cabe afirmar que ese siglo se singularizó por un fuerte desarrollo de una política identitaria nacional (Hutcheon, 2002) basada en el concepto político de Estado nacional y en el nacionalismo cultural y que impulsó el avance de disciplinas como la filosofía de la cultura y la historia literaria.

Así es como a finales del siglo XIX la historiografía literaria se presenta como una disciplina fuertemente asentada sobre la base de la poética romántica y sus modelos de inspiración nacionalista y su objeto de estudio —la literatura nacional— se considera una manifestación peculiar más del «espíritu del pueblo» o «espíritu nacional» (eso que los románticos alemanes denominaban *volksgeist* cuando se referían a la idea de nación en tanto que comunidad de cultura y lengua). Dada su estrecha relación con la lengua, la literatura (y dentro de ella los géneros narrativos, sobre todo), más que otras prácticas artísticas —la música o la pintura, por ejemplo—, ha ocupado un lugar relevante entre los factores de cohesión nacional; así, para una política cultural de inspiración nacionalista la literatura es (debe ser) ante todo expresión de lo nacional.

La historia de la literatura —entendida durante siglos en Occidente como una única experiencia compartida— fue troceándose en función de las diferentes lenguas y nacionalidades (un hecho que muy probablemente y de manera paradójica influyó

en el surgimiento de la literatura comparada, una disciplina que —como es sabido— trabaja sobre un complejo escenario generado por la posibilidad, de dimensiones prácticamente inabordables, es decir, sobre una red abierta y tejida a partir de las relaciones posibles entre todos los textos de la literatura universal). Y todo ello a pesar de las críticas que la idea de nacionalidad generó en autores como Schopenhauer y de las encendidas defensas que de la literatura entendida como un fenómeno universal (*Weltliteratur*) hicieron algunas voces autorizadas a lo largo del siglo XIX: en un primer momento, Goethe en su tantas veces citada conversación con Eckermann del 31 de enero de 1827, en la que afirmaba:

[...] a mí me gusta enterarme de lo que pasa en otras naciones, y les aconsejo a todos que hagan lo mismo. La literatura nacional no significa hoy gran cosa; la época de la literatura universal está comenzando, y todos debemos contribuir a apresurar el advenimiento de esa época (Goethe, 1987, t. II: 1144),

y donde tomaba partido por el reconocimiento y estudio de la poesía como un patrimonio común y universal, y después Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*:

Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal (Marx y Engels, 1987: 46).

Hoy, desde nuestra perspectiva, no sabemos si las palabras de Goethe, Marx y Engels a favor de una *Weltliteratur* fueron resultado de una convicción, un deseo, una broma o un defecto de miopía histórica; en todo caso no nos debe extrañar que ideas como esas no triunfasen en un siglo tan acusadamente nacionalista como el XIX, más aún tratándose de conjeturas defendidas por autores —sobre todo en los casos de Marx y Engels— sospechosos de atentar contra las esencias patrias y los principios nacionalistas (¿deberíamos mencionar que *La Internacional* sigue siendo el himno de los partidos socialistas y comunistas?, algo que a muchos dirigentes de esas organizaciones no les gusta recordar). En *El Manifiesto Comunista* se lee: «A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad» (Marx y Engels, 1987: 62). Así pues, sin ser propiamente teóricos del nacionalismo, Marx y

Engels defienden –junto a anarquistas, socialistas utópicos e ilustrados universalistas– posiciones enfrentadas a la ideología básica del nacionalismo cultural: la nación no debe entenderse como una realidad natural cuya aspiración sea convertirse en un Estado, un Estado, en todo caso, que no se asienta sobre bases étnicas, religiosas o culturales sino sobre relaciones económicas y de producción (la Teoría de los Polisistemas hará de alguna manera suya esta idea al proponer una línea de investigación basada en las relaciones políticas y económicas internacionales).

Al margen de lo que pueda significar todo texto literario, la literatura se articula siempre como un fenómeno de carácter comunicativo, una actividad que surge en un determinado sistema socio-cultural, en cuya definición y construcción participa activamente, y, en este sentido, algunos modelos teóricos desarrollados en estas últimas décadas (pienso en la Semiótica de la Cultura de Iuri M. Lotman, en los *Cultural Studies*, en Pierre Bourdieu y sus conceptos del *habitus* y del *champ littéraire*, en el *New Historicism*, en la Teoría Empírica de la Literatura de Siegfried J. Schmidt, en Itamar Even-Zohar y la Teoría de los Polisistemas, especialmente indicada para aquellos lugares donde conviven distintos sistemas lingüísticos y literarios) han estudiado la literatura sin la rigidez de las viejas disciplinas académicas, vinculadas con frecuencia a los avatares políticos, económicos y culturales del Estado nacional (precisamente, a la crisis de ese modelo político y administrativo que es el Estado nacional le ha seguido otra crisis de los estudios literarios y de las ciencias culturales más acusadamente nacionalistas). Interdisciplinarios para unos, antidisciplinarios para otros, muchos de esos modelos teóricos podrían calificarse –en sintonía con nuestra época, la posmodernidad– de posdisciplinarios y han abordado el análisis y la crítica de la literatura fundamentalmente como medio de comunicación e institución social, centrándose sobre todo en las condiciones de producción, circulación, recepción y canonización de los fenómenos literarios, al margen de fronteras lingüísticas y nacionales, con lo cual el concepto de «literatura nacional» –que trabaja sobre un modelo explicativo basado en la lengua y la nación– se ve sensiblemente cuestionado. En palabras de Fredric Jameson (1991: 43): «la posliteratura del mundo tardocapitalista no refleja únicamente la ausencia de un gran proyecto colectivo, sino también la cabal inexistencia de la vieja lengua nacional». Con todo, habría que recordar que no todos los géneros literarios han alcanzado la misma intensidad en sus relaciones con el concepto de nación; así, mientras que la novela desempeñó un papel relevante en la configuración de la conciencia e identidad nacionales, la poesía ha respondido casi siempre a un aliento más universal. En cualquier caso, las cuatro grandes disciplinas científico-literarias desde las que se afronta en la actualidad el estudio de

la literatura (historia, teoría, crítica y literatura comparada) deberían ser conscientes de este nuevo escenario cultural y social y trabajar –en estrecha colaboración con paradigmas teóricos como los que he señalado más arriba– para lograr una mayor y mejor comprensión de la realidad literaria.

Los estudios culturales –que se presentan como un ámbito tan interdisciplinario y tan difícil de delimitar como la propia teoría– tratan de explicar –sobre todo en el mundo actual– cómo funcionan y a qué responden los productos y los procesos culturales y cómo se construyen y organizan las identidades culturales individuales y colectivas (Hall y Gay, 2003); como una alternativa a disciplinas académicas a veces tan rígidas y encorsetadas como puedan ser la teoría estética, la antropología filosófica, las ciencias de la comunicación, la sociología y la crítica literarias, los estudios culturales han surgido en el horizonte epistémico y hermenéutico de la posmodernidad como el último gran modelo de análisis cultural, un paradigma –y en esto mantienen una evidente deuda con la deconstrucción, en general, y con las propuestas derrideanas, en particular– que sin embargo no se pliega ante el aparato metodológico y las estrategias de análisis de ninguna de las disciplinas científicas instituidas, un rasgo que ha llevado a muchos estudiosos a calificarlos de inter-, pos-, incluso, antidisciplinarios. En cualquier caso, los estudios culturales aportan al estudio de la literatura categorías y estrategias de análisis que no debieran rechazarse.

Al operar habitualmente sobre escenarios culturales y lingüísticos complejos, heterogéneos y transfronterizos, y con unas herramientas teóricas, hermenéuticas y metodológicas procedentes de diversas disciplinas científicas, los estudios culturales se han visto en la necesidad de reconocer el alcance de las nociones de *límite* y *articulación*; su actividad, marcada con unas fuertes connotaciones políticas, se orienta hacia los lenguajes artísticos y consiste en desvelar las conexiones que hay entre los diferentes elementos y *agentes* que intervienen en las prácticas significativas. De este modo, tejen redes transfronterizas y, al trabajar desde una perspectiva transdisciplinar, manejan las ideas de *límite* y *frontera* no como marcas para señalar el agotamiento sino como señales para explorar la interconexión entre distintos ámbitos culturales: la frontera –como nos enseñara de una manera recurrente Foucault en diferentes trabajos– señala ese punto en que convergen el adentro y el afuera, el lugar en que el sujeto se ve expuesto simultáneamente tanto a los latidos de la razón y el lenguaje como de lo irracional y el silencio, y ya Derrida se refirió a la permeabilidad y porosidad de cualquier límite; una frontera no es así tanto un punto de cierre como el índice de una *terra incognita* aún por explorar, y no hay mejores conocedores de

las fronteras que aquellos que se ven obligados a cruzarlas, los exiliados, o aquellos que viven atravesándolas permanentemente, *les frontaliers* (los fronterizos), quienes, en definitiva, ponen en juego un día sí y otro también sus pertenencias, su propia identidad. En otro orden de cosas, la articulación remite a los mecanismos que hacen posible la conexión entre lo disímil y responde a una labor en la que se mezclan distintos modos de entender la lengua, la raza, la religión, el sexo, el género y la clase; por su parte, la idea de límite es inherente a la finitud de todo territorio y, en el caso de los territorios culturales, la cultura de un determinado colectivo solo se aprecia cuando entra en contacto con otro grupo y surgen las diferencias. Así es como se extiende y territorializa la cultura, como establece sus límites y como se constituyen los procesos de construcción de las identidades culturales (Saldaña, 2011).

En la actual era posnacional (Said, 1996; Hardt y Negri, 2000; Habermas, 2000), y a pesar de que las decisiones que se adoptan en los diferentes foros y organismos supranacionales son cada vez más relevantes para la vida de los ciudadanos, todos los Estados del planeta siguen siendo oficialmente naciones y casi todos los movimientos de liberación se presentan como movimientos de «liberación nacional»; por otra parte, habría que recordar los constantes esfuerzos de casi toda la *clase política* de nuestro tiempo por entrelazar las ideas de nación, lengua y cultura y por conferir a la nación histórica el estatus de creación natural, la categoría de algo casi sagrado. En estas circunstancias, más que como una mera corriente ideológica, el posnacionalismo emerge como una nueva *sensibilidad* orientada a dar respuestas a procesos sociales, políticos y culturales abiertos en plena posmodernidad y que ya no pueden resolverse desde una perspectiva únicamente nacionalista (Saldaña, 2012). No hay lengua que sea producto pura y exclusivamente nacional y la equiparación entre nacionalidad y lengua con frecuencia no se sostiene –dada la asimetría que suele gobernar las relaciones entre ambos conceptos– como sucede cuando encontramos distintos Estados que comparten la misma lengua pero no la misma identidad nacional (por ejemplo, la comunidad de países hispanoamericanos, los países miembros de la *Commonwealth*, los dos Estados alemanes durante el período en que Alemania estuvo dividida) o, el caso contrario, cuando hallamos un único Estado nacional con varias lenguas (España, Canadá, por ejemplo, pero también India, con dieciocho lenguas registradas, Costa de Marfil, donde se hablan más de ochenta, o Nigeria, donde hay atestiguadas alrededor de cuatrocientas). Un Estado puede tratar de homogeneizar lingüísticamente su territorio pero la realidad a menudo no se deja domesticar tan fácilmente. En fin, ¿qué hacer con Estados –Suiza, Bélgica, Luxemburgo– que carecen de una lengua propia?, ¿o con Estados como Finlandia, con dos lenguas (finés y sueco) oficiales?, ¿debemos

hablar de una literatura de Barbados, keniana, sudafricana o neozelandesa si los escritores de esos Estados utilizan el inglés como lengua de expresión?, ¿cabe hablar de una literatura nacional suiza, austríaca o canadiense?, Estados cuyos escritores se sirven de lenguas asociadas a otros países: francés, alemán, italiano, inglés, ¿o hay que hablar de países donde se dan varias literaturas nacionales?; autores como Juan Larrea, Samuel Beckett, Emil Cioran o Amin Maalouf, nacidos, respectivamente, en España, Irlanda, Rumanía y Líbano, han escrito buena parte de sus obras en francés: ¿a qué tradición literaria nacional debemos adscribirlos?, ¿qué hacer con aquellos autores que se han servido de varias lenguas?, ¿en qué tradiciones literarias deben integrarse aquellos escritores que se han visto forzados al exilio?, exilio que viene acompañado muchas veces de un obligado cambio de lengua.

En fin, preguntas y situaciones que remiten a realidades literarias que son más frecuentes de lo que sin duda algunos piensan y a las que se está tratando de responder desde el más reciente comparatismo literario. Y habría que añadir que este poliglotismo, multilingüismo o babelismo –que se percibe a menudo como una considerable amenaza política a la identidad nacional– es no solo una cualidad de la vida cotidiana de las lenguas (en la Península Ibérica se trata de una realidad conocida desde la Antigüedad) sino también, como han señalado T. Blesa (1998: 171-190) y L. Romero Tobar (2006: 37-51), un rasgo que ha acompañado a la literatura a lo largo de su historia. Petronio en la antigüedad clásica, el trovador provenzal Raimbaut de Vaqueiras, Guillermo de Aquitania y Alfonso X el Sabio en la Edad Media, Garcilaso, fray Luis de León, Aldana, Lope de Vega o Góngora en los siglos XVI y XVII y, ya más recientemente, Ezra Pound (*The Cantos*), T. S. Eliot (*The Waste Land*), James Joyce (*Finnegans Wake*), García Lorca, Borges, Gil de Biedma y Leopoldo María Panero son solo algunos autores marcados por el multilingüismo, autores que no se dejan atrapar –por lo menos no del todo– desde la perspectiva que ofrece una historia nacionalista de la literatura vinculada a una lengua determinada, autores que confirman el carácter extraordinariamente restrictivo del concepto de «literatura nacional», tan extendido en la investigación literaria (y habría que recordar que esta es también una característica de la mayor parte de las sociedades urbanas contemporáneas, fundadas sobre la diversidad étnica, lingüística y cultural).

Como sucede con cualquier otro sistema político, aunque no siempre actúe con los mismos efectos devastadores, entre los objetivos del nacionalismo se encuentra la destrucción o, al menos, el debilitamiento de otros proyectos de identidad; en la práctica cultural, mientras que la literatura es, por encima de todo, un punto de

encuentro de ideas y sensibilidades que traspasan todas las barreras (nacionales, religiosas, lingüísticas), el nacionalismo, según Eric Hobsbawm (1998: 270), se presenta como el «ejemplo clásico de una cultura de la identidad que está anclada en el pasado por medio de mitos disfrazados de historia», el paradigma que ve en la cultura y la identidad propias las razones de su existencia, unas razones que le pueden llevar a la eliminación del otro, cuya mera visibilidad se percibe ya como una amenaza; en palabras de Edward W. Said (1996: 412): «Todas las culturas nacionalistas dependen en gran medida del concepto de identidad nacional, y la política nacionalista es una política de identidad»; y la misma idea de nación entendida como algo natural no deja de ser un mito fomentado en gran medida por los fantasmas del nacionalismo que habría que rechazar dado que los Estados nacionales no se corresponden con los grupos étnicos, religiosos, lingüísticos o culturales (Gellner, 1988). La búsqueda de eso que podría denominarse «autenticidad o singularidad nacional» se convierte de este modo en una falacia y las culturas nacionales, en todo caso, se presentan como escenarios muchas veces superpuestos, entremezclados. Julia Kristeva (1993), en la línea de Hobsbawm, defiende que la nación es un espacio de identificación que debe dibujarse constantemente debido a los continuos cambios históricos (¿qué tiene que ver, sin ir más lejos, la España de mediados del siglo pasado —una nación replegada sobre sí misma, autárquica en lo político y cultural, configurada en torno a valores e ideales fuertemente autóctonos— con la España actual, esa nación de naciones que, por otro lado, forma parte de un proyecto político y económico paneuropeo?). Desde esta perspectiva, el concepto de «literatura nacional» no es en el fondo otra cosa que un mito sostenido con frecuencia sobre bases legendarias, esto es, irreales, imaginarias, cuya historia se remonta a menudo a unos orígenes de «hondas raíces invisibles» (Guillén, 1989: 306) y funciona como un marco institucional y expresivo que acoge una lengua, unos temas, unos personajes y unas sensibilidades que sin embargo forman parte de un complejo patrimonio colectivo y compartido por diversas tradiciones y culturas.

Por otro lado, hay en todo este razonamiento una contradicción difícilmente superable entre la acción natural y la realización política o social, entre la consideración mítica y la interpretación histórica dado que, como señala Habermas (2000: 22), «si la nación se imagina como un producto de la naturaleza, el proyecto nacional de la unificación pierde el carácter constructivo de *realización* de una nación moderna de ciudadanos»; cabrían entonces, al menos, dos alternativas: aceptar que la nación responde a un orden natural, casi sagrado, contra el que no cabe rebelarse, o pensar que —dado que precisamente eso se ha presentado así— es necesario recuperar el protagonismo cívico y ciudadano y ajustar esa «construcción natural» a los objetivos e

intereses del ser humano, y ello desde el convencimiento de que tanto la nación como la lengua no son realidades naturales sino culturales. En este sentido, el nacionalismo es probablemente la «fuerza ideológica con mayor impulso destructor» (Blas Guerrero, 1984: 93) en la historia de la humanidad y, para lo que aquí interesa, el nacionalismo cultural se caracteriza por su perfil homicida, actúa restando y no sumando y es un lastre que dificulta tanto el libre vuelo de la imaginación literaria como la propia crítica literaria puesto que tiende a identificar lo literario con las esencias nacionales más arraigadas; ninguna literatura nacional está cerrada ni puede explicarse por sí misma, de ahí la enorme importancia que han tenido las investigaciones de fuentes e influencias en los estudios literarios, tanto para el desarrollo de una disciplina como la literatura comparada como para el estudio de la literatura como un sistema en el que cada obra se ubica y define en relación con las otras obras, planteando una intertextualidad dialéctica, entendida como tela de encuentros y desencuentros entre experiencias literarias distintas.

Para una crítica nacionalista, los clásicos literarios son antes que nada exponentes de su particular *volksgeist*, textos que deben venerarse —como objetos de culto— antes que analizarse como obras de arte susceptibles de ser abordadas mediante procesos hermenéuticos. Así, los comentarios de Francisco Sánchez de las Brozas a la poesía de Garcilaso —en los que el Brocense señala las fuentes y las citas textuales tomadas por el poeta toledano de autores latinos de la antigüedad clásica— podrían considerarse como un estudio intertextual *avant la lettre* con la salvedad de que en el siglo XVI toda la literatura conocida —al margen de la lengua en la que hubiera sido escrita— era considerada un patrimonio común y universal; por su parte, Fernando de Herrera, en las anotaciones a las obras de Garcilaso, elogió su maestría en el uso de la égloga y lo equiparó con los mejores poetas italianos de aquel momento, un gesto que viene a recordarnos que el escenario nacional se presenta a todas luces irrelevante, por insuficiente. En ese sentido se ha afirmado que la literatura es tradición o no es nada, textos en determinados contextos, lenguaje desplegado sobre el manto de la historia, y también que el escritor, como todo artista, se nutre en primer lugar del mismo arte que practica, un arte que, en el caso de la literatura, no conoce fronteras nacionales, espaciales o lingüísticas. El lector debe ser consciente de esa realidad, que no solo atañe a los escritores: también quien lee se introduce en un complejo y potencialmente ilimitado mundo de referencias culturales. El escritor habla de un proceso fascinante en el que todo se confunde y se repite aunque, al mismo tiempo, todo sucede por primera vez en cada ocasión. Ese círculo se cierra entre el estreno permanente y la permanente repetición de lo ya dicho, nos introduce en un espacio imaginado donde

cada texto limita consigo mismo pero al mismo tiempo no deja de proyectarse en los demás. Tradición y originalidad: repetición y diferencia.

Estas consideraciones deberían servir para recordarnos que la literatura –como cualquier otro lenguaje– es siempre resultado de conflictos, tensiones y enfrentamientos de distintos tipos; además de unos valores estéticos y unos componentes imaginarios, la literatura desarrolla unas determinadas funciones como discurso social: sirve –mucho más que para dotar de cohesión a una comunidad– para abrir fracturas en los cimientos sobre los que se asienta esa misma comunidad, fomenta unidad y proporciona señas de identidad a un cierto colectivo, sí, pero sobre todo es un lugar idóneo para practicar la crítica de todos los valores y modelos que regulan la vida social de ese mismo colectivo; de este modo, la noción de literatura nacional (española, italiana, alemana, francesa, etc.) no debería entenderse nunca como un concepto natural, ligado a la evolución sociológica e histórica de un determinado país, sino como una construcción cultural en la que los dos miembros del sintagma –el sustantivo y el adjetivo gentilicio– han ido adquiriendo distintos valores y sentidos con el paso del tiempo.

De este modo, con un aparato crítico proporcionado en gran medida por la teoría de los polisistemas, a la luz de las afinidades que se producen entre distintos sistemas culturales, lingüísticos y literarios, José Lambert (1992; 1999; 2006) ha desarrollado una consistente crítica del paradigma nacional(ista) de historia literaria y, así, propone hablar de literatura en Francia, en España, en Alemania, en lugar de literatura francesa, española, alemana, con lo cual se conseguiría demostrar que las relaciones entre las literaturas y las estructuras socio-políticas no son naturales ni corrientes sino que responden a determinados mecanismos que deben ser analizados. La crítica historiográfica planteada por Lambert parte del reconocimiento de una tradicional falta de sintonía entre la teoría y la historia literarias, dos disciplinas que a menudo han vivido dándose la espalda una a otra; en opinión del crítico belga, la historia literaria no ha sabido o querido asumir algunas de las conquistas de la teoría literaria (el reconocimiento de la cohesión identitaria desarrollada por la literatura, el aprovechamiento de las relaciones que la tradición literaria mantiene con otros sistemas sociales y culturales, la interpretación de la práctica literaria como resultado de fenómenos crecientes de pluralismo cultural e internacionalización).

En lo que respecta a la literatura española, J. M.^a Pozuelo (2000) encuentra en la *Historia de la Literatura Española* de Ángel Valbuena Prat, publicada en 1937, un contrapunto a los hábitos con que hasta ese momento venía trabajando la historiografía literaria dado que supuso una profunda renovación en la manera de

entender los estudios literarios al desvincular la historia literaria del nacionalismo. En unas sociedades tan multiculturales como muchas de las contemporáneas, atravesadas por una considerable variedad de etnias, lenguas y creencias simbólicas, espirituales y religiosas, reconstruir históricamente cualquier literatura nacional ha de hacerse a partir de categorías como la extranjería y el exilio, el multilingüismo y la diversidad cultural, la desposesión y la errancia. La misma historia de la denominada «literatura española contemporánea», es un tópico recordarlo, no se entiende sin la contribución de la literatura del exilio provocado a partir de la guerra civil, y otro tanto podría decirse de la cultura en general, tal como Vicente Llorens (1967) reivindicó hace ya tiempo (Saldaña, 2011a).

Europa –mucho más que un territorio al que adscribir las diferentes naciones europeas– se ha convertido en un escenario movedido y flexible no solo geográfica sino también cultural, política e ideológicamente, un escenario caracterizado por la presencia de marcas y particularidades identitarias que no debieran presentarse nunca como valores en los que basar nuestras relaciones con los otros (piénsese en los casos de xenofobia, en todo tipo de prácticas discriminatorias, en las políticas genocidas, etc., cada día más habituales); en este contexto –en el que la cultura no se transmite así, sin más, sino que es algo que se conquista tras ardua lucha–, el concepto de nacionalismo cultural es resultado de continuas crisis y transformaciones y ha de dar cuenta de un nuevo escenario caracterizado por la presencia de fenómenos y realidades supranacionales (Blas Guerrero, 1994), y es por ello por lo que –sin negar la evidencia de la realidad nacional– el modelo nacionalista –en su análisis de la cultura contemporánea– se ve ampliamente superado por el concepto de interculturalidad. En todo caso –y dado que la nación no es nunca una realidad natural sino una construcción social y política–, el nacionalismo cultural –en la medida en que afronta la cultura como una señal identitaria de un determinado Estado– no puede entenderse sino como una herramienta publicitaria y propagandística que trabaja –en el fondo, ilusamente– al servicio de la cohesión nacional. Por ello, porque la cultura implica la lucha contra la uniformidad, es conveniente aceptar que la identidad puede ser un requisito para el reconocimiento de las diferencias culturales pero nunca una excusa para legitimar políticas basadas en la desigualdad, más aún si consideramos que no hay identidad pura, que toda identidad es mestiza y a veces ambivalente como muy bien muestra en un simple juego gramatical el pronombre personal *nosotros*, resultado de la suma de lo propio y lo ajeno. Así, una vez abierta la grieta de la disparidad cultural, puede avanzarse hacia el reconocimiento de una metáfora de la otredad que revele los efectos de la diferencia, las condiciones que pueden hacer posible el entendimiento mutuo.

Con todo, en un contexto comunicativo de este tipo, asimismo habría que ir –como reclamara Bourdieu– hacia una desnacionalización del pensamiento como paso previo de un universalismo cultural y, por lo que respecta a Europa, sería preciso desarrollar una cultura y un espacio público y político común que velen por los derechos sociales y operen al margen del tejido comercial, empresarial y, sobre todo, financiero que se está extendiendo, objetivo hacia el que dirigen sus mayores esfuerzos nuestros políticos, cegados, como avisara Bourdieu (2003: 85) con claridad profética, por «la Europa de los banqueros que está al caer», que ha caído ya, podríamos precisar hoy. En estas circunstancias, se trataría de impulsar una política de la alteridad, de desarrollar una estética de la otredad (Saldaña, 2006), de crear vínculos entre las comunidades culturales y las comunidades políticas que fuesen más allá del ámbito del Estado nacional –escenario donde se produce una equiparación entre identidad, nacionalidad y ciudadanía–, de promover la búsqueda del hecho diferencial, la curiosidad por la situación del otro, el interés por la vida del extranjero (no negándole esos valores que nos otorgamos tan fácilmente a nosotros mismos), y no hay gesto cultural más claro que ese que se interesa por el conocimiento de otros mundos, aun a riesgo de poner en cuestión el mundo propio, y ello implica asumir con valentía la posibilidad de la pérdida y la experiencia de la otredad; como señala Hans-Georg Gadamer (2000: 37): «tenemos que aprender a no tener razón. Tenemos que aprender a perder en el juego». Tenemos que aprender a desaprender.

A pesar de todas las barbaries, las masacres y la sangre derramada de tantas víctimas inocentes, también podemos encontrar en la historia europea episodios marcados por la tolerancia, la negociación política y la libre convivencia de razas, lenguas y culturas. Así, por ejemplo, desde la teoría de la historia literaria se viene impulsando desde hace ya algún tiempo (Guillén, 1971) la elaboración de una Historia y Crítica de la Literatura Europea que sustituya la prioridad otorgada a las literaturas nacionales (casi siempre occidentales) por criterios espaciales, temporales o culturales: zonas literarias, épocas o eras internacionales, corrientes o tendencias literarias integradas en corrientes o tendencias artísticas y culturales más amplias, con lo cual se siente la necesidad de integrar los estudios literarios en una investigación interdisciplinar junto a otras ciencias de la cultura. Y todo ello, como señalaba más arriba, en un escenario europeo extraordinariamente dinámico y flexible y en un momento especialmente marcado por los desplazamientos (voluntarios u obligados por diversas circunstancias) de seres humanos, la comunicación transcultural y la hibridación artística.

Repensar, en definitiva, a la luz de los cambios históricos y tecnológicos de nuestro tiempo, sobre este nuevo escenario en el que las fronteras nacionales no delimitan ni muchos menos nuestras categorías conceptuales, la a menudo tensa convivencia entre los centros y las periferias, entre nosotros y los otros –aborígenes y extranjeros, categorías en cualquier caso intercambiables dependiendo del lugar en que se presenten– en un momento de continuos flujos migratorios, refundar el trabajo de la política en un paisaje cuya vida parece depender únicamente de los latidos de los mercados, cuestionar el sentido y el alcance de conceptos como Estado nacional o soberanía nacional ante los desafíos de la nueva realidad global y, en relación con todo ello, reformular la idea y la práctica de la literatura. Esos son, en mi opinión, algunos de los desafíos que el pensamiento estético y literario debería afrontar en este tiempo.

Referencias bibliográficas

- Blas Guerrero, Andrés de (1984): *Nacionalismo e Ideologías Políticas Contemporáneas*. Madrid, Espasa-Calpe.
- (1994): *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid, Alianza.
- Blesa, Túa (1998): *Logofagias. Los trazos del silencio*. Zaragoza, Anexos de Tropelías.
- Bourdieu, Pierre (2003): *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Trad. J. Jordá, Barcelona, Anagrama, 3.ª ed.
- Gadamer, Hans-Georg (2000): *Elogio de la teoría*. Trad. A. Poca. Barcelona, Península.
- Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*. Trad. J. Setó. Madrid, Alianza.
- Goethe, Johann W. (1987): *Obras completas*. Ed. R. Cansinos Assens. Madrid, Aguilar, 3 tomos, 5.ª ed.
- Guillén, Claudio (1971): *Literature as System*. Princeton, NJ, Princeton University Press.
- (1989): *Teorías de la historia literaria*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Habermas, Jürgen (2000): *La constelación posnacional*. Trad. P. Fabra, D. Gamper y L. Pérez Díaz. Barcelona, Paidós.
- Hall, Stuart, y Paul du Gay, comps. (2003): *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Hardt, Michael, y Antonio Negri (2000): *Imperio*. Trad. Alcira Bixio. Barcelona, Paidós.
- Hobsbawm, Eric J. (1998): *Sobre la Historia*. Trad. J. Beltrán, J. Ruiz y E. Grau Biosca. Barcelona, Crítica.

- Hutcheon, Linda (2002): «Rethinking the National Model», en L. Hutcheon y M. J. Valdés, eds. (2002), pp. 3-49.
- , y Mario J. Valdés, eds. (2002): *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*. Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Jameson, Fredric (1991): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Trad. J. L. Pardo Torío. Barcelona, Paidós.
- Kristeva, Julia (1993): *Nations without Nationalism*. Nueva York, Columbia University Press.
- Lambert, José (1992): «Notes sur l'historiographie littéraire. Thèse globale», *Neohelicon*, 20/2, pp. 51-63.
- (1999): «Aproximaciones sistémicas y la literatura en las sociedades multilingües», en M. Iglesias Santos, ed., *Teoría de los Polisistemas*. Madrid, Arco Libros, pp. 53-70.
- (2006): «En busca de los mapas literarios del mundo», en D. Romero López, ed., *Naciones literarias*. Barcelona, Anthropos / Universidad Complutense de Madrid, pp. 113-128.
- Llorens, Vicente (1967): *Literatura, historia, política*. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels (1987): *El Manifiesto Comunista*. Trad. W. Roces. Madrid, Endymión.
- Pozuelo Yvancos, José María (2000): «Ángel Valbuena: la renovación de la historiografía literaria española», *Monteagudo*, 3.ª época, 5, pp. 51-69.
- Romero Tobar, Leonardo (2006): *La literatura en su historia*. Madrid, Arco/Libros.
- Said, Edward W. (1996): *Cultura e imperialismo*. Trad. N. Catelli. Barcelona, Anagrama.
- Saldaña, Alfredo (2006): «Cultura, crítica, utopía», en V. Tortosa, ed., *Escrituras del desconcierto. El imaginario creativo del siglo XXI*. Alicante, Universidad de Alicante, pp. 61-79.
- (2011): «Sobre la construcción de la identidad en las prácticas culturales», *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris*, XVI, pp. 23-42.
- (2011a): «Vicente Llorens: literatura, historia, compromiso», en T. Blesa, J. C. Pueo, A. Saldaña y E. Sullà, eds., *Pensamiento literario español del siglo XX*, 5. Zaragoza, Anexos de Tropelías, pp. 203-217.

- (2012): «Notas para una historia posnacional de la literatura», en Á. Ezama, M. Marina, A. Martín, R. Pellicer, J. Rubio y E. Serrano, coords., *Aún aprendo. Estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 461-470.